

CONCIERTO EN SOL MENOR

CONCIERTO EN SOL MENOR

© 2022 por Laura Soriano Maquilón

Primera edición, marzo 2022

© Arte y diseño de la cubierta de Nuria Riaza

© Corrección de Carla B. Estruch

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-123543-7-9

Depósito Legal: SE 737-2022

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Safekat (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, página web www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CONCIERTO EN SOL MENOR

Laura S. Maquilón

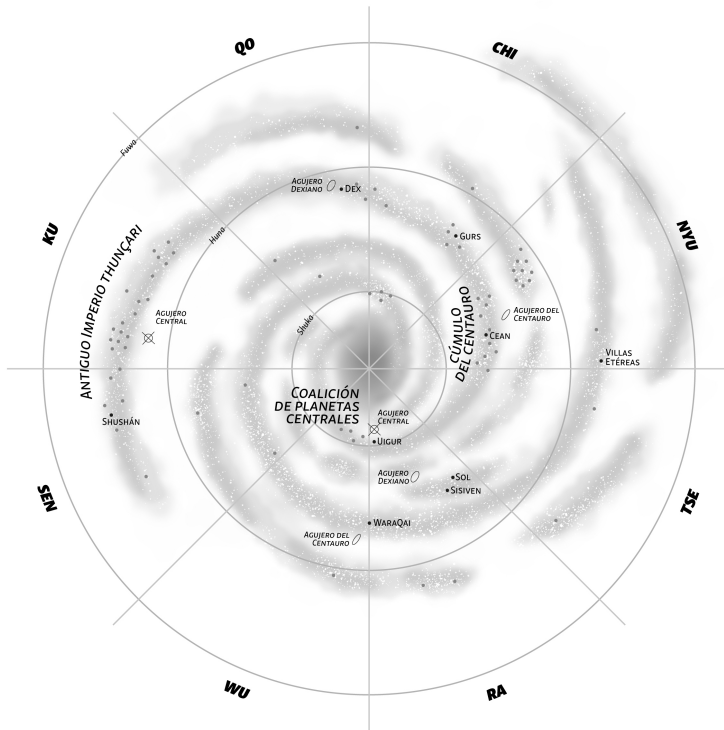


A quienes continúan cantando
por la libertad

MAPA ESTELAR DE LA VÍA LÁCTEA

ELABORACIÓN KITANI

Traducción de Matilde Zagalsky



0 5000 25000 años luz

©Laura S. Maquilón

En los planos profundos no hay nada más que vacío y, al límite de lo audible, una canción que no logra ubicar, unas armonías que resuenan con el mismo latido de su interior y cuya familiaridad la atormenta.

«Canción de estrellas», de Alette de Bodard

Allegro moderato

DAK-HO

Las escaleras al paraíso no necesitan vigilancia si cuando llegas a él todo el mundo se pregunta de qué purgatorio mugroso has salido. Qué tipo de paraíso es ese; una pregunta que deberíamos hacernos al menos una vez en la vida.

Ahora querría formularse a mamá, pero ya no está y he aprendido la respuesta. Hace un tiempo que dejé de ver la estación orbital con el mentón levantado. Me lo bajaron a golpes, me obligaron a arrastrarme por el suelo y dudo que pueda erguirme otra vez. No aquí, eso seguro. Solo me queda huir, y más vale que lo consiga pronto.

Mientras corro por los niveles inferiores, no me cruzo con nadie. Como sospechaba, la escalera está desierta. Miro hacia atrás. Parece que he conseguido burlar a los tíos que me persiguen. Eso es bueno.

Alcanzo la salida y me detengo antes de que me exploten los pulmones. Echo un vistazo rápido: el callejón desierto; las paredes altas de los almacenes; el olor a desinfectante, metal fundido y plástico quemado. ¿Dónde estoy? Joder, hace tantos meses que me escapé del centro de cuidado de menores que me cuesta ubicarme. «Cuidado de menores», ja. Examino los pedaños que descienden al infierno, aguzo el oído por si se escucha algo. Silencio.

Suspiro. Sigo con el estómago encogido. Sé que me pueden detener en cualquier momento. Aunque haya pegado el estirón, aún tengo cara de crío. Por no mencionar los dos pares de ojos; una genialidad para el camuflaje. Al menos cuento con una ventaja: me mime-tizo mejor con las paredes de metal gracias al casco de quitina argéntea. Y los tíos del segundo nivel deberán buscarme con más cautela si quieren pasar inadvertidos en el paraíso.

En fin, tampoco es que pueda confiar en la buena suerte. No la he tenido desde que murió mamá, así que por qué regresaría ahora.

No puedo permanecer aquí más tiempo. Inhalo con profundidad y salgo disparado por las calles secundarias del distrito del puerto espacial. No conozco la zona y no tengo ni idea de adónde me llevan los pies. Solo

sé que no pueden verme o jamás saldré de aquí. Volverían a encerrarme o algo peor, con más vigilancia para que no me fugue. No puedo permitirlo, no creo que lo pueda soportar.

Aprieto los dientes con fuerza, hasta que me duele la mandíbula. Se me podría romper algún diente, pero me la suda. Controlo este dolor, y no al revés, no del mismo modo en que me afectan los recuerdos. Joder, es pensar en ello y se me nublan los ojos. Aun así, diviso una figura que camina por la calle que pensaba tomar y giro en otra dirección. Ya no sé si me dirijo hacia la salida o me estoy internando cada vez más en la estación. Como sea lo segundo, voy listo. Debería parar para reorientarme, pero como me pillen... No, tengo que seguir. Seguir y seguir. Salir de aquí como sea.

De pronto me encuentro en un espacio más amplio donde se apilan contenedores de mil tonalidades. Si doy un paso más, quedaré al descubierto. Trago saliva y analizo a toda prisa el sitio. Vale, debo de estar en la sección comercial del puerto. Una nave enorme acaba de traspasar la cúpula y se dirige a uno de los módulos para aterrizar. Por la calle podría circular sin problemas una lanzadera estándar para dos personas; está flanqueada, a una parte, por un muro recubierto de metal que se pierde por la curvatura de la avenida. En él,

a intervalos regulares, se abren varios huecos que dan paso a las dársenas.

Me oculto entre dos pilas de contenedores para pensar con tranquilidad en el próximo paso. El plan inicial era llegar hasta el puerto de pasajeros y colarme en alguna nave que fuera a la Tierra. Un trayecto más largo sería una movida, porque en algún momento tengo que comer y entonces las posibilidades de que me descubran serían demasiado altas. Lo dicho, mi suerte, ese animal mitológico. Ahora solo me queda perderme de nuevo entre las calles o cubrir la distancia que me separa de la primera dársena. Mínima esperanza de éxito en cualquier caso.

Me llevo la mano a la boca antes de que se me escape una carcajada.

Cierro los ojos para aislarme de todo, hasta de mis pensamientos más traicioneros. Pero el corazón me late a toda leche y la concentración se va al traste. Vuelven los gritos y las patadas.

Mamá no. Mamá murió y por eso estoy aquí. No puede ayudarme.

No he dejado de repetir esa frase en los últimos meses. Ayudaría más si pudiera echarle la culpa a alguien, pero al menos no me la echo a mí. Eso me mantiene cuerdo.

Aprieto los puños y me seco las lágrimas, que ya me llegan al cuello. Antes de fugarme del centro de menores pensé que se me acabarían en algún momento. Es obvio que tengo para rato. Como dependan de la rabia y la impotencia, no se me van a agotar en la vida.

Miro hacia arriba, más allá de la cúpula de biocrílico reforzado, que se ha cerrado tras el paso del carguero. Allí se encuentra lo que más ansío en el mundo ahora que ya no tengo familia: el espacio infinito y el titileo de millones de estrellas. Huir. Salir del paraíso. Como sea. No me quedan más ideas. Haré cualquier cosa para que no me capturen y, cuanto más tiempo deambule por la estación, más difícil será que eso se cumpla.

Bien, pues no hay otra solución: esperaré a que la calle se quede desierta y cruzaré. Este hueco entre cajas de toneladas de peso parece un sitio tan bueno como cualquier otro para esconderme y esperar a que llegue el momento apropiado. Creo que los tíos del infierno ya no me persiguen; una cosa menos de la que preocuparme. No entiendo por qué insistían tanto en que fuera con ellos.

Me concentro en la puerta abierta frente a mí y lo que la rodea. Es difícil aguardar al instante adecuado. Unos androides arrastran contenedores y otros siguen

el andar tranquilo de alguna persona. Van y vienen, descargando la nave recién llegada, así que hasta que no terminen el trabajo no tengo nada que hacer.

Se me hace difícil aguantar el cansancio, los ojos se me cierran. Llevo más de un ciclo sin dormir y no puedo decir que haya comido en condiciones en varias semanas. Todo eso mientras soportaba verme vapuleado, desplazado y apartado a lo más recóndito y cochambroso de la estación. Gran Futuro. Menudo chiste de mierda.

Los minutos se arrastran como los gusanos de la comida que encontraba en los niveles inferiores. Me obligo a tensar y relajar los músculos para que no se me agarroten y para no dormirme. Noto el estómago tan comprimido que podría convertirse en un agujero negro y autoabsorberme de un momento a otro. Tampoco sería un mal final, visto lo visto.

Por fin, el momento llega. La calle queda desierta y salgo disparado como una lanzadera hacia la puerta de enfrente. Se abre en cuanto me detecta y paso sin frenar. Dentro, casi choco con una fila de personas que aguardan ante una enorme nave negra.

¿Qué hace toda esta gente aquí, joder? ¿No se supone que esto es el puerto comercial? ¿A qué están esperando?

Mierda, me van a pillar. Me han visto, seguro.

Corro lo más rápido que puedo entre la gente que forma la cola. Hay un vigilante en la entrada, pero no me detengo a comprobar si me dice algo o no. Cruzo el umbral hacia el interior de la nave.

La luz es tan tenue en el pasillo que el trasto bien parece una cueva. Gateo, palpando las paredes para no alejarme de ellas. De pronto, atravieso con la mano un hueco blando y, antes de darme cuenta, el cuerpo la acompaña hasta que la pared me absorbe por completo.

Las lágrimas me llenan los ojos. Me han cogido. Después de todo, vuelta al infierno. Joder, una ilusión más hecha pedazos. Estoy tan cansado. Y sé que hay gente pasándolo peor que yo, pero es tan injusto. No soportaré regresar ahí. Antes muerto, lo juro. Antes muerto.

XENIA

Más allá de la doble cúpula transparente, el polvo de estrellas canta una nana eterna que no consigo escuchar. Sé que me dormí con ella una vez, en un lugar y un tiempo en el que no debería haber estado, en un universo que no recuerdo. En las capas de memoria no queda ni el escozor de la radiación, solo la calidez de un enlace que se rompió para siempre.

Observo los lejanos cúmulos de luz, intento leer sus movimientos infinitesimales en la distancia. Una vez capté la explosión de una supernova y me cerraron durante una semana para averiguar por qué les usuaries habían sufrido vértigos. Fue la etapa más feliz de mi vida. No se ha repetido.

El planeta tiene más actividad, pero con la rotación no siempre puedo contemplarlo. Me maravillan sus colores, el contraste con el espacio infinito, el ir y venir

de pequeños satélites, el flujo constante de vehículos que llegan y se marchan de Gran Futuro. En ocasiones se aproximan ekinospas y pierdo hasta la noción de mi existencia. Sueño con las vidas de sus tripulantes, las intenciones que albergan, los objetivos que persiguen. Les conecto entre sí, con individuos al otro lado de la galaxia; trazo un mapa tan complejo que podría dibujar nebulosas con él. Les envidio. Cada paso que dan, cada palabra que vomitan, cada sentimiento que expresan.

Me gustaría ser ellos. Perderme en sus cuerpos por unos momentos, en lugar de que se pierdan en el mío, y deambular por los pasillos de la estación sin rumbo fijo. Ir más allá de la cúpula. Viajar a otro sistema. Huir de sus mentes retorcidas, de sus deseos más recónditos. Eliminar sus consciencias. Barrerles como una erupción solar. Descomponer sus conexiones neuronales. Hacerles polvo.

El flujo de tranquilizante recién inyectado circula por mi sangre hasta el cerebro. Lucho contra el sopor, un esfuerzo estéril. Algún día dejará de serlo, ¿verdad? Algún día se cerciorarán de todo el mal que han causado y dejarán de venir. Y entonces me liberarán, porque ya no les serviré de nada.

Las estrellas se apagan, los movimientos cesan. Mil mundos me inundan la consciencia. Mil horrores me devoran las entrañas.

— oOo —

Egbert Köhler vive en una tarima de cristal por encima de toda la ciudad. La jungla a su alrededor está muerta, se arrodilla sobre huesos de hierro y piedra, alza los brazos, canta su nombre. Köhler. Köhler. Decenas de rostros elevan la barbilla, millones de teselas esculpidas por el tiempo se precipitan al vacío. Los gusanos que les reptan por las cuencas de los ojos se giran para mirar al hombre como si fuera una manzana recién cogida, engalanada con pieles de oro y expuesta en un cojín de nubes.

Uno de los rostros se acerca y le besa los pies con un suspiro de inmundicia. Egbert Köhler se alza, un titán sobre los hecatónquiros traicionados, y le arranca la mejilla de ceniza de un mordisco. Las criaturas se encogen y lloran; resuenan carcajadas que los arrojan montaña abajo, como los deshechos de un volcán en erupción.

Köhler conoce sus nombres. Geert Köhler, que siempre pensó que su hijo era incapaz de aprender nada útil

por sus malas notas; Gormd Dungs, la sucia gursiana que se rio de él ante sus compañeros por no saber bailar; Dima Jarin, que no recordó su encuentro en la fiesta donde se presentaron; Karina Damián, que lo superó en las pruebas para un trabajo; Shura Tanaka, que le encargó una tarea irrealizable para dejarlo en evidencia. Todes serpentean por las lianas y se agarran al cristal para no despeñarse hacia la nada. Köhler les pisotea las manos; se les agrietan los labios cuando le besan las sandalias, los estómagos al descubierto se corroen por el hambre. Plañen como trompetas que anuncian a su héroe. Al único que puede salvarlos. Al único que los condena. Köhler. Köhler.

— oOo —

Mel Acosta camina sobre un río embravecido. Las salpicaduras le lamen los pies. Un haz de luz la persigue; derriba las copas de los pinos para no perderla.

La mujer no tiene un destino, solo un cauce que seguir. Los juncos se inclinan ante ella al pasar. Alguno más atrevido intenta acariciarla, mas lo detiene con un gesto de la mano. Otros le dan la espalda; ella los arranca con las manos desnudas y lame la savia roja que se desbarra piel abajo.

Más adelante, un nuevo río discurre en paralelo junto al de Mel Acosta. Los juncos se retuercen y gritan de agonía, sin saber a dónde mirar. Ella abre la boca y el túnel se traga todo el afluente; con la arena de la orilla se exfolia la piel y con las piedras del fondo se lima los dientes. No le importa que su río baje cada vez más sucio, que los juncos se quiebren más al reverenciarla. No ve su rostro mutado en mil rasgos superpuestos, pues el agua ya no lo refleja. El bosque se marchita, la luz ya no encuentra obstáculo y la ciega.

Todo arde. Los juncos desaparecen. El aire se torna ceniza. El sol mira de frente a Mel Acosta y cincela una sonrisa en su cara de piedra. Todavía siente cosquillas cuando el engrudo arrastrado por la corriente le provoca ampollas en los pies.

— oOo —

Dak-ho se conecta sin cambiar la visión de la matriz. Un tambor le ruge en el pecho mientras se fuerza a beber el aire que lo rodea. Intenta arrancarse el pellejo con garras de acero, pero la umbría pesa y le ata las extremidades con zarcillos. Dak-ho opta por encogerse, quedarse muy quieto. Poco a poco, las escarpas de su cabeza se funden

y le cuelgan de forma desordenada sobre los cuatro ojos. La piel continúa dura, un glaciar vivo y brillante.

Rayos de luz penetran en la masa de petróleo y le acarician las placas de quitina. Dak-ho se estremece; moverse no es una opción. El temblor se apacigua. Su corazón camina, furtivo, en la noche. Cada inspiración, los susurros de amor junto al oído de una máscara sin labios.

La temperatura de Dak-ho sube. Se deja caer sobre piernas de gelatina. Los zarcillos crecen, convierten las ataduras en caricias. Son dedos, brazos, cuerpos que se unen al suyo. Fuego en mitad de la noche. Amanece.

El llanto lo arrulla. Las lágrimas limpian la mugre que le cubre el rostro. Le masajean los músculos hasta que se relaja por completo.

Nadie había dormido antes dentro de una matriz. ¿Qué tipo de persona puede ansiar eso?